

nita, y no sería infinita si pudiera concebirse una bondad más grande que la suya., ¿Qué dice la fe? No se atreve á decir que no, pero murmura entre dientes que hallará medios de limitar aquella bondad infinita. Por de pronto, deja hablar á esa charlatana razón, segura de que irá á parar á alguna grave herejía con su bondad infinita de Dios. La razón, al ver que la fe se calla, se cree aprobada, y continúa atrevidamente: "Inspirándose el Creador en su bondad infinita en sus relaciones con las criaturas, debemos decir que cuantas perfecciones tiene, grandeza, poder, ciencia, están destinadas á la felicidad de los hombres: no ha querido dar á conocer sus perfecciones más que para que las criaturas inteligentes encontrasen su felicidad en el conocimiento, en la admiración y en el amor del soberano ser., Seguid andando, se dice la fe, os espero al final. La razón, consecuente y lógica, se apresura á deducir: "Dios ha dotado al hombre de facultades preciosas, entre otras, de libertad. Es evidente que este beneficio no puede tender más que á la felicidad de la criatura á quien Dios la ha concedido. No permitirá, pues, que sirva para hacerla desgraciada por el mal uso que de ella pueda hacer...

Aquí la fe no se contiene ya; interrumpe á la razón exclamando: "Os cogi; vuestro elogio de la bondad divina tiende á establecer que el misterio de la caída es incompatible con la noción que el hombre se forma de Dios., "Esta es mi opinión, responde la razón, pero dejadme hablar y escuchadme; después de esto podréis reprenderme. En vuestra doctrina del pecado original, Dios ha dotado al hombre del libre arbitrio, con la certidumbre de que abusaría de él é incurriría en la muerte eterna. ¿No era esto darle la muerte bajo la apariencia de un beneficio? Es un medio tan seguro de quitar la vida á un hombre, darle un cordón de seda del que se sabe con seguridad se servirá libremente para ahorcarse, como el matarlo por sí mismo. No se desea menos su muerte cuando se le da el cordón de seda, y hasta parece que hay más malignidad en el deseo, puesto que se le deja toda la pena y toda la falta de su pérdida., (1). La consecuencia es evidente. El libre arbitrio es el principio de la caída, y la caída ha traído tras de sí la

(1) BAYLE, *Respuestas á las preguntas de un provincial*, capítulo CXLIV (*Obras*, t. III, p. 796 y siguientes).

condenación de la inmensa mayoría del género humano. Dios lo preveía al crear al hombre. ¿Es este el modo de obrar de un ser soberanamente bueno? ¿Es querer la felicidad de los hombres el crearlos sabiendo que han de arder casi todos en los fuegos eternos del infierno?

¿Qué responde la fe? Hay fe de varias especies: hay la fe católica y la fe reformada. No es la fe católica la que Bayle presenta en escena. El catolicismo, cuando dice lo que piensa, es de la opinión del reverendo padre que contestaba al mariscal d'Hocquincourt: "Nada de razón, monseñor, nada de razón, ¡hé aquí la verdadera religión!, Con esto no hay más que decir. La fe reformada no sale tan fácilmente del paso: ésta es algo razonadora, ó lo era al menos en la época en que Bayle escribía; la pobre fe trataba de conciliarse con la razón; pero, cuantas más concesiones hacía, más se empantaba. Se había resignado á un inmenso sacrificio al reconocer que habría muchos elegidos y pocos reprobados. Esto era desmentir á la Sagrada Escritura, era acusar de error á San Agustín. ¡Dios sabe á qué sutilezas había sido preciso acudir para llegar á la confesión de que no habría más que un pequeño número de condenados! La imprudente fe no reparaba que al tratar de hacerse racional, daba armas á sus enemigos. ¿Por qué retrocedía ante aquella frase revelada de que son muchos los llamados, pero *pocos los escogidos*? Porque si un gran número de individuos fuesen condenados, se acusaría con razón á Dios de crueldad. Pero ¿se salva su bondad disminuyendo el número de condenados? "Suponed tan pequeño como queráis el número de condenados, dice la razón; indicará siempre en Dios un grado de crueldad que, por pequeño que sea, no puede ser compatible con la bondad infinita, puesto que esta bondad excluye necesariamente toda mezcla de crueldad., Hé aquí á la fe convicta por su propio testimonio de que su Dios es un Dios cruel (1).

¿Cómo ha de salir la fe de este mal paso? Su dificultad es grande, como se ve por los pobres expedientes á que se ve obligada á acogerse para dar explicaciones tales como las del número grande ó pequeño de los condenados. San Agustín se había ya esforzado en probar que debía haber condenados, y según él, nunca serían demasiados, á fin de

(1) BAYLE, *Diccionario*, en la palabra *Prudencia*, nota F.

hacer brillar á la vez la justicia de Dios respecto de los reprobados y su bondad respecto de los escogidos. Los teólogos modernos disertaron sobre este tema. Bayle se ríe de todas estas explicaciones: "Dios, dice, no trabaja más que para su gloria, y encuentra más hermoso campo de gloria gobernando un género humano criminal que gobernando un género humano virtuoso; el orden exige, pues, que Dios deje pecar al hombre y no se lo impida como podría hacerlo fácilmente., (1). ¿Quién no ha de admirar ese hermoso orden que conduce á condenar á las criaturas para mayor gloria de aquel que las ha creado para ser felices?

Bayle refiere siempre la fe á la bondad de Dios. Que los unos se condenan y los otros se salvan es preciso creerlo, puesto que la Sagrada Escritura lo dice. Que esto esté en el orden lo admito todavía, pero al menos conciliese ese orden con la bondad divina. Cuando todo un gran pueblo se ha hecho culpable de rebelión, ¿es usar de clemencia el perdonar á la cienmilésima parte y dar muerte al resto, sin exceptuar los niños de pecho? Esta comparación no da todavía idea de toda la iniquidad del Dios de los cristianos. Bayle presenta otra. Un príncipe da á cien mensajeros el dinero necesario para un viaje de doscientas leguas; promete una recompensa á los que terminen el viaje sin necesidad de nuevos préstamos y amenaza con la prisión á aquellos á quienes no haya bastado el dinero. En seguida escoge cien personas de las que sabe con seguridad que no hay más que dos que merecerán la recompensa, debiendo encontrar los otros noventa y ocho en su camino ó una querida, ó un jugador, ó alguna otra cosa que les obligue á hacer gastos, y que él tendrá cuidado de presentar por sí mismo en ciertos puntos del camino. ¿No es completamente evidente que al aprisionar á esos noventa y ocho mensajeros no habrá mostrado bondad alguna para con ellos, sino que, por el contrario, los destinaba ya á la prisión? La merecen, dicen los teólogos. Sea en hora buena. Pero ¿qué se ha de decir del rey que ha querido que la merezcan, que los ha puesto en el camino infalible de merecerla? ¿Merece ser llamado bueno porque recompensa á los dos mensajeros á quienes él mismo ha guiado en su viaje y á los cuales ha evitado

toda desgracia? (1). Ese rey es el Dios de los cristianos.

Esto no es bastante; un rey no puede aprisionar á sus desgraciados mensajeros más que durante su vida; la muerte pone fin á sus injustos rigores. No sucede lo mismo con el Dios de los cristianos: después de un viaje que á veces no dura más que algunas horas, lanza á los viajeros á los fuegos eternos del infierno, muchas veces sin más razón que la de que aquellos infortunados descendían de su padre común. Oigamos á Bayle sobre las penas eternas: "Le parece, dice, que si el Ser infinitamente perfecto hubiese sabido que en caso de que diese la existencia á criaturas libres las tendría que castigar eternamente á causa de sus pecados, hubiera preferido dejarlas en el no ser ó no permitirles abusar de su libre arbitrio á verse obligado á imponer penas que no han de acabar jamás. El sentido común dice que vale más no tener hijos, que tenerlos tales que se burlen de nuestras instrucciones y de nuestras órdenes, y que no hacen más que disgustarnos y deshonorarnos., Admitamos que Dios haya creado á los hombres para castigarlos; es preciso, sin embargo, que los castigue racionalmente. "Ahora bien, nada más lejos de las ideas de sabiduría que escoger un género de pena que no sirve de nada á los que no la sufren, y que no disminuye la malicia de los que la sufren, puesto que se pretende que la maldad de los condenados va aumentando., Bayle tiene todavía otras objeciones contra las penas eternas (2). Las omitimos, porque el infierno ha perdido toda su importancia, y sería combatir á los molinos de viento el refutar las miserables argucias de los teólogos.

La polémica de Bayle es invencible cuando no se sale del terreno del cristianismo tradicional, llámese católico ó reformado. Jamás se llegará á conciliar el pecado original y sus horribles consecuencias con la idea que el hombre se forma de Dios, de su justicia y de su bondad. Los ortodoxos modernos han querido ensanchar su cielo; mientras mantengan un infierno al lado del cielo, el buen sentido y la ciencia retrocederán espantados ante un Dios más cruel que el más cruel de los tiranos. Es menester con la filosofía abolir el cielo y el in-

(1) BAYLE, *Respuestas á las preguntas de un provincial*, capítulos CXLIV y CXLVIII, t. III, p. 798, 804.

(2) BAYLE, *Respuestas á las preguntas de un provincial*, capítulo CLVI (*Obras*, t. III, p. 820).

fierno, y reemplazar este falso concepto por la idea de una existencia progresiva é infinita, si se quiere satisfacer á la razón. Esta creencia, que gana terreno de día en día sobre el dogma bárbaro del cristianismo, responde á las objeciones de Bayle. Todas las criaturas se salvarán; de este modo queda en buen lugar la bondad de Dios. El mal no desaparecerá, es verdad, en cuanto es de la esencia de criaturas imperfectas y limitadas, pero se convierte en un bien en las manos de un Ser soberanamente bueno, que se sirve del mal como de un medio de educación y de perfeccionamiento.

III

La razón rechaza el pecado original. Con esta falsa creencia cae el fundamento más sólido de la revelación cristiana. ¿Para qué un reparador si la naturaleza humana no tuviese necesidad de ser reparada? El cristianismo se apoya además en los milagros y en la tradición. ¡Singular prueba son los milagros! Bayle habla poco de ellos; pero lo que dice es de mano maestra. La Compañía de Jesús es rica en milagros, y esta riqueza espiritual le proporciona tesoros materiales que ella no desdén. Daba, pues, grande importancia al milagro hecho por un simple novicio: ¡júzguese por ello del poder milagroso de los reverendos padres! "No hace más que diez y seis años, dice Bayle, que se ha verificado este milagro en el reino del Perú. Ordinariamente estas cosas suceden en el Nuevo Mundo, ya porque allí son más necesarias que en otra parte, no estando aún allí establecido el cristianismo, ya porque se creen más fácilmente cuando vienen de lejos." ¿No quiere decir esto: á luengas tierras, luengas mentiras? Los milagros que prueban el cristianismo, ¿no provienen también de lejos, y de muy lejos? No es Bayle quien hace esta comparación, somos nosotros. Pero podemos, sin injuriar á su ortodoxia, atribuirle este pensamiento. Hé aquí lo que escribió á propósito de la disertación de Arnaldo sobre los milagros: "Podrían darse muy sólidas respuestas á M. Arnaldo, si el mundo fuese bastante fuerte para digerirlas; pero se encuentra hoy en estas materias poco más é menos como en los tiempos en que Jesucristo decía á los apóstoles: *Tengo aún muchas cosas que deciros, pero no podéis entenderlas por ahora.*" (1). Bayle decía esto á fines

(1) BAYLE, *Noticias de la república de las letras* (Obras, t. 1, páginas 156, 242).

del siglo XVII. Desde entonces el espíritu humano ha adquirido fuerzas; ha digerido tan bien las objeciones de la filosofía, que no cree ya en los milagros; y cuantos más esfuerzos se hacen para dar crédito á esta vergonzosa explotación de la estupidez humana, menos cree en ella. La Iglesia es castigada por donde ha pecado.

Bayle se encontraba cohibido cuando hablaba de los milagros; como reformado, no podía negarlos, y era hasta peligroso el hablar con demasiada libertad en una época en que reinaba aún en el seno del protestantismo la más crasa ignorancia. Hé aquí por qué nuestro filósofo no dice todo lo que piensa. Se encuentra más desembarazado cuando critica la tradición: los protestantes apenas la respetaban, y Bayle se ríe de ella abiertamente. ¿Qué es la tradición? La autoridad de los ignorantes y de los perezosos. Un hombre cuenta una maravilla, dice que la ha visto. Cuanto más increíble es, más fácilmente halla crédito en las masas, y las masas son las que hacen la tradición. Es mucho más cómodo creer que comprobar los hechos. Después de todo, las gentes sensatas se ven obligadas á creer lo mismo que los tontos, por temor de pasar por facciosos que quieren saber más que los demás y que desprecian la venerable antigüedad, hasta el punto de que hay mérito en no examinar nada. Hé aquí por qué las grandes tonterías, las más estúpidas locuras tienen en su favor una respetable tradición. La astrología, que jamás ha podido apoyarse en un principio ni siquiera probable, no ha dejado de infatuar á la mayor parte del mundo en todos los siglos; ¿impide esto que la fe que se presta á sus predicciones sea falsa y ridícula? Si la tradición es una autoridad, será preciso decir que las supersticiones que los Romanos tomaron de los Toscanos sobre los augures y los prodigios y todas las impertinencias de los paganos respecto de la adivinación eran otras tantas verdades incontestables; sería preciso decir que el diablo, que es el padre de la mentira, según el testimonio de Jesucristo, ha pronunciado, sin embargo, durante una larga serie de siglos, oráculos llenos de verdad, de sinceridad y de fidelidad, porque ha habido un tiempo en que toda la tierra tributaba honor y homenaje á estos oráculos (1).

Debemos añadir que cuando Bayle habla de la

(1) BAYLE, *Pensamientos diversos sobre el cometa* (Obras, tomo III, p. 12, 22, 83).

respetable tradición que apoya las supersticiones de los paganos, no piensa en los paganos, ni se refiere á la Roma antigua, sino á la Roma cristiana. Él mismo tiene cuidado de decirnoslo. La Iglesia es quien invoca la autoridad de la tradición. Hay, en efecto, una tradición secular que puede invocar atrevidamente porque no data de San Pedro, se remonta hasta los augures; consiste en la afición á las supersticiones; y Roma gusta tanto de las supersticiones, porque convienen mucho más que la razón para dominar sobre los hombres. Oigamos á Cicerón: "No he creído jamás que se debía despreciar ninguna parte de la religión del pueblo romano, y he llegado á persuadirme de que habiendo sido fundadas al mismo tiempo nuestra república y nuestra religión, preciso es que nuestra religión sea aprobada por los dioses, sin lo cual nuestra república no hubiera llegado á ser tan poderosa. Decidme, vos que sois filósofo, lo que creéis: *pero en cuanto á lo que corresponde á nuestros antepasados, tengo ciega confianza en ellos y sin que me den razón alguna de mi creencia.*" ¿No parece que estamos oyendo á nuestro reverendo padre diciendo al mariscal d'Hocquincourt: *Nada de razón, monseñor, nada de razón; hé aquí la verdadera religión?* Esta verdadera religión reinaba ya en Roma en tiempos de los augures; cuando los cardenales y los papas los remplazaron no cambió nada más que algunos nombres y algunas formas. Por lo demás, hay el mismo amor ciego por la venerable antigüedad, el mismo desprecio de la razón. ¡Qué preocupación en favor del catolicismo! (1). Lo más curioso es que esta venerable tradición es la mayor parte de las veces mentira. ¿Quién no sabe la historia de las *falsas decretales*? ¡Un crimen castigado por nuestras leyes con trabajos forzados es lo que ha formado en provecho de la Iglesia romana una venerable tradición! Y si la tradición no es un crimen, es una mentira. Nada más natural. Las sociedades no pueden inmovilizarse, porque la inmovilidad es la muerte. Roma, que pretende vivir, no ha podido librarse de una ley que rige á todo cuanto vive. Bayle lo hace notar: la Iglesia, dice, se ha separado insensiblemente de las costumbres de la antigüedad, de donde se deduce que la tradición es un camino erróneo (2).

(1) BAYLE, *Pensamientos diversos*, § 127 (Obras, t. III, p. 82).

(2) BAYLE, *Noticias de la república de las letras* (Obras, t. 1, página 47).

Los protestantes empezaron por celebrar la tradición de la primitiva Iglesia, pero no tardaron en convencerse de que aquella tradición era la de la ignorancia y de la superstición. Es curioso oír hablar á Bayle de los Santos Padres. El piadoso y sabio Thomassin dice que no se puede entender á los Padres de la Iglesia sin tener alguna tintura de la filosofía de Platón. "Preciso es, dice Bayle, que Thomassin tenga mucha perspicacia para que halle tanta filosofía en los libros de los Santos Padres, porque hay muchos que no les encuentran ninguna." Decir que *absolutamente no hay filosofía* en los escritos de los Padres de la Iglesia es lo mismo que decir que no impera en ellos la razón. ¿Cómo es, pues, que se los ensalza tanto? Bayle contesta: "Los escritos de los Padres son como ciertas perspectivas que muestran lo blanco ó lo negro, según el punto de vista que se toma." ¡Cuestión de prisma! El prisma que emplean los defensores de la ortodoxia, ¿no será un instrumento hecho á medida de su deseo? Buscad y encontraréis, dice la Sagrada Escritura. Se encuentra fácilmente lo que se tiene gusto en encontrar. Hé aquí cómo es que se han encontrado pruebas en los Padres de la Iglesia de creencias en que no pensaban siquiera. Bayle lo hace también notar: "Si los filósofos del paganismo, dice, fuesen jueces de nuestras controversias, no dudo que fallarían que los testigos de que nos servimos unos y otros no saben lo que se dicen, y que, por tanto, hay que rechazarlos sin oírles." (1).

¿Qué sería si un libre pensador leyese los escritos de los Santos Padres! ¡Qué tonterías, qué faltas de sentido común, qué de supersticiones encontraría en ellos! Los católicos mismos, con tal que sean francos, lo confiesan: "La *Biblioteca* de Dupin, dice Bayle, es muy á propósito para desengañar á los que creen que cuanto más próximos han estado los Santos Padres al origen, más ilustrados han sido; porque se nos hacen ver *grandes errores* en la *mayor parte de los Padres de los tres primeros siglos.*" (2). Errores aun bajo el punto de vista ortodoxo. Y lo que los ortodoxos consideran como verdades no es muchas veces más que un cúmulo de creencias supersticiosas. Los protestantes han acabado por no hacer caso de los Santos

(1) BAYLE, *Noticias* (Obras, t. 1, p. 42 y 580).

(2) BAYLE, *Noticias* (Obras, t. 1, p. 575).

Padres, dejan á un lado las autoridades humanas para atenerse á la palabra de Dios. Pero si sus objeciones contra la tradición católica son invencibles, las de los católicos contra la doctrina protestante no lo son menos. "Conduce directamente al escepticismo," dice Nicole, y Bayle es de opinión de que Nicole razona muy bien. La Escritura es la base de la fe. Perfectamente; pero es preciso empezar por asegurarse de que la Escritura es realmente la palabra de Dios. Lo creéis, diréis. Muy bien; pero ¿quién os asegura que no os equivocáis? No tenéis á vuestro favor más que vuestra opinión individual, y ¿será necesario recordaros cuántas veces habéis sido engañados bajo la fe de aquella autoridad? Ann cuando tuvieseis razón, sería preciso saber qué libros son canónicos y qué libros no lo son. Tenéis escritos canónicos. ¿Estáis bien seguros de que vuestra traducción es exacta? ¿Quién os lo garantiza? ¿Leéis el original? Tanto mejor; pero ¿lo entendéis en el verdadero sentido? Hay diversas interpretaciones; ¿quién os dice que la vuestra es la mejor? Y si seguís la buena, ¿los que admiten un sentido distinto estarán sin duda en el error? ¡Cuántas razones para dudar! Si la fe, á pesar de reposar en tan frágiles fundamentos, se conservase, sería el mayor de los milagros. Luego el protestantismo conduce al escepticismo (1).

Los protestantes dirigen absolutamente la misma censura á la Iglesia romana. Y Bayle halla que razonan también muy bien. ¡La fe, ya se llame protestante, ya católica, nos conduce, pues, á la destrucción de la fe! En efecto, los católicos prueban que el protestantismo engendra el escepticismo, y los protestantes demuestran que el catolicismo produce igualmente la duda absoluta. ¿Quién queda dueño del campo de batalla? La razón. No es esto decir que desaparezca toda fe. Por el contrario, la fe se ha conservado en el seno de las sociedades protestantes; pero ¿con qué condición? Con la de transformarse incesantemente. En los países católicos no existe apenas más que en el estado de superstición. Sea superstición, enhorabuena, se dirá; no por eso es menos cierto que la religión católica es un principio de moralidad. Este es el gran caballo de batalla de los partidarios del pasado. Pa-

(1) BAYLE, *Diccionario*, en la palabra Nicole, nota C.

rece que Bayle ha previsto su apología. Vamos á ver lo que piensa.

VI

La teología apenas puede influir sobre las costumbres, al menos directamente, y esto por una gran razón, y es que los fieles la desconocen: ¿dónde está el católico que tropieza en el misterio de la Trinidad y del pecado original? Si tuviera alguna influencia, no podría ser más que mala, en el sentido de que al ver los cristianos escrito sobre todos sus dogmas la palabra *misterio*, humillarían su razón ante la fe, lo cual, en realidad, equivale á mantener el imperio de la ignorancia; ahora bien, ¿son favorables las tinieblas intelectuales á la moralidad? La edad media y todas las épocas bárbaras dan un mentís á la preocupación de que las costumbres son puras allí donde reina la sencillez del espíritu. ¿No explica este hecho la profunda corrupción que caracteriza aun hoy á los países en que domina el catolicismo?

Si dejamos á un lado la teología, no queda á los cristianos, por toda religión, más que prácticas exteriores. Esto es cierto, al menos en las naciones católicas. Los protestantes desecharon gran número de ellas, á título de supersticiones; sin embargo, atados por los textos de la Escritura, conservaron la comunión. Es preciso que nos detengamos un instante sobre este dogma, que es la señal distintiva de los pueblos cristianos. La Eucaristía ocupó mucho á los filósofos del siglo XVII. Descartes trató en vano de conciliar el más absurdo de los milagros con las leyes de la física. Leibnitz le dió el golpe de gracia, declarando que, si se admite que la *esencia* de los cuerpos es el ser *extensos*, la transubstanciación implica contradicción (1). El filósofo alemán trató á su vez de resolver este problema insoluble. Á darle crédito, su fe era la de los simples de espíritu; reconocía, con la confesión de Augsburgo, la presencia real de Jesucristo; sostenía que la filosofía explica perfectamente este misterio. En efecto, enseña que lo que constituye la esencia de los cuerpos no es la extensión, sino la fuerza; añade que se afirma tanto más en su opinión, cuanto que permite conciliar la fe y

(1) LEIBNITZ und Landgraf von Hessen, t. II, p. 53.

la ciencia. Por lo demás, dice, depende completamente del capricho de Dios el hacer que el cuerpo de Jesucristo esté presente bajo las condiciones que quiera determinar (1).

¿Qué piensa Bayle de esta conciliación? Se complace en probar que la presencia real está en oposición con los principios más ciertos de la razón natural: "¿No es evidente que un cuerpo humano no puede estar en varios lugares á un tiempo? Sin embargo, el misterio de la Eucaristía nos enseña que lo contrario tiene lugar todos los días, puesto que el cuerpo de Cristo se encuentra en donde quiera que un cristiano toma la comunión." Hé aquí las chistosas consecuencias que se deducen de este milagro: "Se sigue que ni vos ni yo podríamos saber con seguridad si somos distintos de los otros hombres, y si en este mismo instante estamos en el serrallo de Constantinopla, en América, en el Japón y en todas las ciudades del mundo, bajo diversas condiciones en cada una de ellas. Puesto que Dios no hace nada en vano, ¿habría de crear varios hombres, cuando puede bastarle con uno solo, creado en diversos lugares y adornado de diversas cualidades, según las circunstancias? La razón se pierde en este dédalo de absurdos; no se sabe ya lo que son dos ni lo que son tres; no se sabe ya lo que es identidad ni lo que es diversidad. Si juzgamos que Juan y Pedro son dos hombres, no es más que porque los vemos en diversos lugares y porque el uno no presenta los accidentes del otro. Pero por el dogma de la Eucaristía, este fundamento de distinción es completamente nulo. Puede ser que no haya más que una criatura en el universo, multiplicada por la presencia en diversos lugares y por la diversidad de las cualidades; ¿qué es entonces de nuestras reglas de aritmética, que suponen que las cosas son distintas?" (2).

Bayle añade: "¡Quimeras!" La mayor de todas las quimeras, la más inexplicable de todas las locuras es la de que los cristianos se hayan figurado que se comen á su Dios: ¡la criatura que se come á su creador! Por ortodoxo que fuese Leibnitz se guardó muy bien de presentarse á la mesa del Señor, y el filósofo halló más de un creyente que imitó su conducta más bien que su doctrina. Los

(1) LEIBNITZ & PELLISSÓN (*Obras*, t. I, p. 156 y 266, edición Carell).

(2) BAYLE, *Diccionario*, en la palabra Pyrron, nota B.

católicos han permanecido más fieles á sus prácticas supersticiosas; y á dar crédito á los celos, ejercen una influencia maravillosa sobre las costumbres. Tal debería ser la religión, porque, ó la religión es una educación, ó no es nada. ¿Cómo llena esta misión el catolicismo? Bayle va á decirnoslo. Compara la idolatría con el ateísmo, la religión llevada hasta el exceso y la falta completa de religión, y bien considerado todo, el ateísmo es quien triunfa. ¿Qué entiende Bayle por idolatría? ¿Es el culto de los paganos? El velo es tan transparente, que habría que cerrar los ojos para dejar de ver: la idolatría es el catolicismo. Bayle mismo lo dice bastante claramente.

La idolatría no consiste más que en supersticiones, y las supersticiones abundan en el catolicismo. Bayle se adelanta á la justificación vulgar de los defensores de la Iglesia: estos abusos, dicen, estas prácticas que repugnan á la razón no están consagrados por las decisiones de los concilios. ¿Qué nos importa?, contesta el filósofo. Los vemos autorizados públicamente, forman toda la religión de los creyentes. Esto basta para que podamos imputarlos á la Iglesia (1). Añadiremos que esto nos importa todavía menos; porque dejamos por ahora á un lado la teología, y nos atenemos á la práctica; miramos, no lo que se dice, sino lo que se hace. Y en este terreno podemos atribuir al catolicismo lo que Bayle dice de los idólatras.

Nótese bien. No se trata solamente de la masa de los creyentes, sino principalmente del clero: ¿no debemos culpar á los pastores de que el rebaño vegete en una estúpida credulidad? Dejamos la palabra á Bayle: "Los sacerdotes son los que han fomentado la superstición, *ya porque no tuviesen bastante elevación de ánimo para remontarse á ideas dignas de su soberano ser* (lo cual arguye ignorancia), *ya porque encontrasen más utilidad en las ideas bajas y rastreras que el vulgo forma de Dios* (lo cual arguye cálculo y explotación). Sea de esto lo que quiera, los que debían ser teólogos y estaban ampliamente pagados para sostener el honor de Dios, le han abandonado miserablemente; solamente los filósofos han hecho honor á la revelación natural. Si no han hecho mayores cosas, la falta ha sido de los sacerdotes y de los pretendi-

(1) BAYLE, *Pensamientos diversos sobre el cometa* (*Obras*, tomo III, p. 82).

dos teólogos, que sacrificaban á su cruel política á los que querían reformar la religión, (1). Es inútil insistir en hacer la aplicación de estas palabras á la Iglesia; se encarga de ello ella misma; allí donde puede, fomenta y cultiva la ignorancia. Vamos á ver si le gustan las tinieblas por favorecer la moralidad.

La devoción de la Iglesia católica hacia la Santa Virgen, dice Bayle, es tan grande que puede decirse que constituye una de las partes más considerables del culto. Por más que se han ridiculizado los excesos y las hipérbolas de los frailes, esta devoción subsiste siempre y conserva todo su brillo. Diariamente se añaden libros á la innumerable multitud de escritos que se han publicado durante varios siglos en loor de Nuestra Señora y sus milagros. Ahora bien, entre las máximas que han sido emitidas por aquellos piadosos escritores, una de las más comunes es: *que se puede ser muy malo, y, sin embargo, muy devoto hacia la Madre de Dios*. Hemos referido rasgos curiosos de la inmoralidad del culto de la Virgen en la edad media (2). Se nos ha censurado el exhumar antiguallas en las que no piensa ya nadie. Bayle va á tomar nuestra defensa y á anonadar á la Iglesia: estas inmoralidades estaban en boga todavía en pleno siglo XVII, el siglo de Bossuet, y lo estarán mientras haya necios que puedan ser explotados por un sacerdocio á quien le parezcan buenos todos los medios con tal que alcance el imperio. Oigamos, pues, lo que se imprimía en el siglo XVII, ese siglo de filosofía cristiana, tan admirado por los modernos ortodoxos: "Había un joven tan pervertido y tan endurecido en el crimen, que habiendo sido reducido á prisión por varias muertes y robos que había cometido, abandonó al Hijo de Dios, con la esperanza de que el diablo le librara de la horca. Aquel hombre no dejaba de recitar diariamente el *Ave María*, y no quiso consentir jamás en la proposición que le hizo el diablo de renunciar á la Santísima Virgen. Esto le fué muy útil, porque habiendo visto cuando le conducían al suplicio una imagen de Nuestra Señora, le dirigió sus oraciones, y en el punto mismo la imagen, inclinando suavemente la cabeza hacia su devoto, le cogió del brazo de tal suerte que los arqueros no pudieron ya

(1) BAYLE, *Noticias de la república de las letras* (Obras, t. 1, página 562).

(2) Véase la parte octava de mis *Estudios*.

arrancarle de allí., Este estúpido cuento se halla reproducido con mil variantes en los libritos de devoción, escritos para la mayor gloria de la Santísima Virgen y para la edificación de los fieles. ¡Admírese, pues, la moralidad católica!

Bayle rechaza la distinción que se establece entre el dogma y la práctica para lavar á la Iglesia de estas vergonzosas supersticiones, y tiene razón. Ann cuando se la admitiese, nada ganaría la causa del catolicismo. La fe revelada vicia la moral en su esencia, subordinándola á la religión. ¡Cosa curiosa! Los defensores de la Iglesia nos dicen en todos los tonos que fuera del catolicismo no hay verdadera moral, al paso que la verdadera moral es incompatible con la religión revelada. ¿No es un axioma en teología que la herejía es un crimen de lesa majestad divina, es decir, un crimen inaudito ante el cual todos los crímenes castigados en el código penal no son más que niñerías? Tradúzcase este concepto al lenguaje y á las ideas vulgares, y véase la moral que resultará. Un fiel confiesa que ha cometido un adulterio: alcanzará su absolución sin gran dificultad, aun cuando no se llame Felipe II. Pero que diga que no se puede invocar á los santos, y no obtendrá la absolución; y si persevera en este funesto error, será hereje, y ¡desgraciado de él si habita en un país en que haya Inquisición! Tendrá el gusto de figurar en un auto de fe, mientras el rey que viene á asistir á tan magnífico espectáculo continúa sumido en el más criminal desorden, y es celebrado como rey católico por excelencia. Nuestra hipótesis no es desgraciadamente una hipótesis. ¿No vemos todos los días á hombres pervertidos por la educación católica tener escrúpulo para comer carne en día de abstinencia, y no tenerlo aun cuando en Viernes Santo cometan un adulterio ó seduzcan á alguna jóven? (1).

No para aquí la inmoralidad católica. El catolicismo justifica los crímenes y los convierte en virtudes, al paso que hace delitos de actos legítimos. La Sagrada Escritura abunda en acciones inmorales cometidas por aquellos á quienes la Iglesia nos presenta como modelos de santidad: ¿ luego el robo, el fraude y la mentira van á ser santificados? Si; porque Dios es quien ha mandado á los Hebreos que robasen á los Egipcios, Dios es quien

(1) BAYLE, *Pensamientos diversos* (Obras, t. III, p. 126).

ha mandado á Abraham inmolarse á su hijo, y la voluntad de Dios lo legitima todo, hasta el crimen. Es que Dios tiene una moral, como tiene una justicia, distinta de la de los hombres: condena á los niños que acaban de nacer porque descienden de Adán, y glorifica á Abraham que va á cometer un crimen por mandato suyo. ¡Qué abismo de inmoralidad! Y aun no hemos acabado. Si hay algún derecho divino, lo es seguramente el del libre pensamiento. Es más que un derecho, es un deber, porque es el cumplimiento de nuestro destino. Ahora bien, el que ejerce este derecho, el que cumple este deber, comete un crimen, si la razón le dice una cosa distinta de lo que la Iglesia le enseña. ¿Qué digo? Los trabajos de la ciencia son un crimen cuando no están en armonía con la estúpida ignorancia de los monsignori que componen la sagrada congregación de la inquisición. No se equivoca, pues, Bayle cuando escribe: "Quisiera mejor, si fuese prisionero de la Inquisición, haber hecho más bastardos que Carlomagno, que haber enseñado, como Galileo, que la tierra gira alrededor del sol, (1).

Finalmente, hay una última censura que dirigir al catolicismo: vicia hasta las virtudes que prescribe. Lo hemos dicho ya, su moral es esencialmente una moral interesada, lo cual es la ruina de la moral. Se admiran los prodigios de la caridad cristiana, y no tratamos de disputar esta gloria á la Iglesia. Pero aquí examinamos el móvil de las acciones, y bajo este punto de vista preciso es decir, con los filósofos, que la virtud que no tiene en sí misma su fin no es virtud. La hermana de la caridad que alivia las miserias humanas, ¿lo hace por amor á la humanidad, por ese sentimiento natural que nos lleva á socorrer á los desgraciados? No conoce siquiera la naturaleza, porque para ser religiosa ha tenido que hollar varias veces los deberes que la naturaleza le impone. Se hace hermana de la caridad por amor á Cristo, lo cual quiere decir, en definitiva, por un sentimiento personal. ¿Se ocupa en curar los males que presencia? Pues es para ella un medio de ganar el cielo, y cuando puede además convertir á aquellos á quienes cuida, ya no tiene más que pedir. Por lo demás, el espectáculo de los sufrimientos no conmueve su corazón; se echaría en cara la compasión como un pecado: ¿no nacen los hombres para sufrir? ¿Y no es la enfermedad el estado natural del cristiano?

(1) BAYLE, *Pensamientos diversos* (Obras, t. III, p. 126).

Hé aquí la moral católica: ¿debemos admirarnos de que conduzca al mismo resultado que el paganismo? Todo cuanto Bayle dice de los paganos es cuadro copiado del natural, habiéndole servido de modelos los adoradores de los santos. "No era necesario un cambio de vida para aplacar á los dioses; bastaba reparar la negligencia en el culto externo ó añadir en él algo, edificar algún templo, multiplicar las víctimas, etc. El paganismo no era propiamente más que un tráfico de bienes temporales. Los hombres cumplían con oraciones, genuflexiones y ofrendas, y los dioses con el don de la salud y de las riquezas y con el buen éxito de una empresa. La virtud no entraba para nada en este comercio; no la pedían á los dioses, y les pedían atrevidamente favores injustos. Hasta los acusaban de ingratitud si dejaban sin recompensa los honores que se les tributaban, (1).

Es preciso, si se quiere moralizar á los hombres, hacer en todo lo contrario de la moral católica, es decir, que es preciso volver á la moral de los filósofos, que es tanto la de Bayle como la de Leibnitz y Espinosa. El catolicismo vicia la moral subordinándola al dogma. Es preciso romper estas funestas cadenas. No quiere esto decir que sea necesario separar para siempre la religión y la moral. Quien altera la moral es la fe revelada, no la religión en su esencia. Porque la religión en su esencia es el fundamento de la moral; llegará un día en que no habrá más religión que la moral. Para esto es menester que el cristianismo histórico se transforme. Es menester que el elemento supersticioso que va mezclado con él y lo corrompe desaparezca. Es decir que, para regenerar las creencias religiosas, era necesaria una obra de destrucción. Tal fué la misión del siglo XVIII. Bayle es su precursor; él mismo lo conocía, y éste será su eterno título de gloria: "Yo pretendo, decía, tener una vocación legítima para oponerme á los progresos de las supersticiones, de las visiones y de la credulidad popular., ¡Vocación santa que fué también la de Voltaire!

§ VI.—Hume.

I

Bayle será siempre un enigma si se toman en serio sus protestas de ortodoxia: no se sabe qué

(1) BAYLE, *Continuación de los pensamientos diversos* (Obras, tomo III, p. 376).